

Los mártires benedictinos del Pueyo de Barbastro

Jornadas martiriales 2019 – 18 de octubre p. Francesco Lucarelli IVE

Dentro de la gran persecución contra la fe, contra la iglesia de Cristo; me siento sinceramente honrado de poder abrir el escenario para dar un pantallazo de los hechos acontecidos en la diócesis de Barbastro, actualmente unida a Monzón, y que tienen como protagonistas, entre otros, a 18 hijos de san Benito, cuyas reliquias, después de su beatificación en 2013, descansan en su mayoría debajo del altar mayor del monasterio del Pueyo, muy bien definido como un gran relicario de piedra.

Una posible definición de martirio podríamos formularla así: **es amar y defender la fe con la vida hasta la muerte...**

Defender la relación con Dios, su honra, su gloria, a imitación de Cristo cuya vida dice el autor de la Imitación de Cristo “*tota crux fuit et martyrium*”.

San Cipriano escribía estas palabras hermosas: “*Dios nos contempla, Cristo y sus ángeles nos miran, mientras luchamos por la fe. Que dignidad tan grande, que felicidad tan plena es luchar bajo la mirada de Dios y ser coronado por Cristo*”.

Justamente el mártir se apodera de esta felicidad por la donación total que ofrece, mediante una gracia especialísima, a su Señor y Creador. El martirio no se improvisa.

El mártir testifica con su vida lo que cree en su corazón, **es el que hace vida su fe**, el que ama de verdad a Dios sin compromisos, ya que “*el hombre – como dijo el cura de Ars – habiendo sido creado por amor, no puede vivir sin amor, entonces o ama a Dios o ama al mundo*”.

Pero sabemos bien, que los amigos de Cristo *están en el mundo sin ser del mundo* (cfr. Jn 16,18..), o sea, sin mezclarse con este, y que el mundo odia a los de Cristo, porque voluntariamente han seguido la invitación gratuita de Jesús.

El hombre vale por lo que busca, y si busca a Dios, es para donarse a Él y recibirlo a su vez. Tal donación es la que día tras día forja en el alma fiel a su vocación el espíritu martirial, que por voluntad de Dios, floreció con la gracia del martirio en los monjes del Pueyo como veremos; signo preclaro de su donación plena y absoluta hecha al Señor.

La historia de la comunidad benedictina del Pueyo de Barbastro está indudablemente unida al lugar sagrado en donde, como si fuera el guardián de la comarca, se encuentra el santuario (y a la vez monasterio) fruto del desarrollo de la primera capilla querida por la misma Madre de Dios que milagrosamente apareció a un pastor aragonés en el año 1101 (el nombre del pastor es Balandrán, distinguido en santidad y tenido como tal por parte de sus contemporáneos, sin llegar a la gloria de los altares...)

La fecha, nos la indica la tradición, cuyo argumento histórico es la presencia del *primer obispo* (san Poncio), que se sentó en la recuperada sede de Barbastro, quitada de manos de los mahometanos en 1101 y que, bajo el beneplácito de rey conquistador: Pedro I de Aragón, prontamente consagró la mezquita mayor en Catedral, y convirtió otra mezquita en monasterio.

Siguiendo esta tradición podemos decir que en la primavera de este mismo año, de noche, apareció la Virgen María entre las ramas de un almendro (florido y lozano hasta 1622¹) al afortunado Balandrán pidiéndole la erección de un santuario en su honor y dejando como signo real de su presencia una talla de madera encontrada entre las ramas del mismo almendro al regreso del pastor acompañado por los barbastrenses que había ido a avisar de lo ocurrido.

Tanto del almendro como del vidente no restan hoy día restos, el primero “víctima” de la devoción popular, el secundo “víctima” del odio contra la fe de los milicianos que en 1936 subieron al monasterio en busca de los religiosos y destrozando todo lo sagrado.

La misma talla milagrosa, presidió desde el retablo del Santuario hasta este fatídico año '36, cuando, junto a la comunidad benedictinas, fue “sacrificada” dentro del mismo templo, que a lo largo de los siglos había crecido en estima y devoción.

La primera ermita, edificada después de la aparición y cuyo capellán fue el mismo Balandrán ordenado sacerdote, se fue desarrollando hasta la actual conformación que es datada al final del siglo XIII, con la aportación del presbiterio actual por obra del obispo de Barbastro D. Alonso de Fenollet y Requesens que rigió la sede Barbastrense entre el 1625 hasta el 1639.

La devoción a la Virgen del Pueyo avanza durante los siglos XII al XVI; y entre otros datos históricos que muestran las aportaciones al humilde santuario aragonés, cabe destacar la del año 1251 firmada nada menos que por D. Jaime el Conquistador:

«Sepan todos, como Nos Jaime, por la gracia de Dios Rey de Aragón, Mallorca y Valencia, Conde de Barcelona y Urgel y Señor de Montpellier, por Nos y por los nuestros, por l salud del cuerpo y del alma de nuestra carísima y amada esposa doña Violante, por la gracia de Dios ilustre Peina de Aragón, damos, conferimos y concedemos anualmente para siempre 200 sueldos jaqueses sobre el tributo de los judíos de Barbastro para el sostén de un capellán, que celebre los divinos oficios en la Iglesia de Santa María del Pueyo de Barbastro, cuyos 200 sueldos jaqueses el mismo capellán tenga y perciba todos los años perpetuamente el día de la Natividad del Señor. Dado en Lérida a 4 de los idus (día 10) de septiembre del año del Señor 1251. Jaime, por la gracia de Dios Rey, etc...»

¹ Como afirma el historiador Vicente Blasco de Lanuza, en *Historias Seculares y Eclesiásticas de Aragón*. 1622. Tom. I. lib 5, cap. 34

El dato histórico es importante porque se trata de la primera capellanía fundada en el Pueyo, y la más importante, de la que tenemos abundantes noticias...

A partir del siglo XV, la devoción a la Virgen del Pueyo comienza a revestirse de distintas manifestaciones exteriores, algunas de las cuales siguen vivas hasta el día de hoy: cofradía, culto litúrgico, romerías, procesiones, peregrinaciones, donativos etc., la causa de este desarrollo la podemos atribuir a la cercanía del Santuario a la ciudad de Barbastro y su posición tan ideal para fomentar la piedad mariana; tanto que los obispos de la diócesis han sido en todo tiempo los celadores y patronos del templo podiense y de su progresivo desarrollo que llegará a su culmen, alrededor de mediado del siglo XIX, cuando es considerado como el santuario mariano de más importancia de la diócesis, custodio de su Reina y Patrona.

Como en el caso de la Virgen, también de los mártires crece la devoción; tanto que en este año 2019 se ha fundado la primera capilla dedicada a ellos nada menos que en Tanzania, en una de las misiones que nuestro Instituto del Verbo Encarnado tiene encomendada en esta Iglesia joven de África.

Es un ejemplo concreto de lo que San Juan Pablo II decía en ocasión de una beatificación de mártires españoles en el año 2001: *“Los mártires son la prueba más elocuente de la verdad de la fe, que sabe dar un rostro humano incluso a la muerte más violenta y manifiesta su belleza aun en medio de atroces padecimientos. Es preciso que las Iglesias particulares hagan todo lo posible por no perder el recuerdo de quienes han sufrido el martirio.”*

¡Pero volvamos a nuestra historia!

Con la desamortización de Mendizábal, se vio en peligro todo el brillo mariano que durante siete siglos se había ido consolidando en el Pueyo.

Su salvación vino de los mismos amantes de la Virgen que no quisieron ver perdido su patrimonio ni tampoco su alcázar, pensando que en la peor de las hipótesis caería en manos irreligiosas las cuales los privarían del consuelo de ser protegidos por las mejores de las Madres, destinando campos y templo para otro uso.

Decidieron así de adquirir el patrimonio de María y en la épica galopada desde Huesca a Barbastro (40 kilómetros), lograron ganar la subasta que en los dos lugares se realizó simultáneamente el 17 de febrero de 1843, en un lazo de tiempo de dos horas, desde las 12.00 y las dos de la tarde.

Recuperado templo y campos, la Sociedad del patrimonio se encargará de volver a dar lustro a los bienes materiales, pero sobretodo, de elevar nuevamente el nivel espiritual del Santuario.

Llegamos así al año 1889 y a la llegada en el Pueyo de los monjes benedictinos procedentes de Adahuesca, el día 13 de diciembre, fecha en la cual la atención del

Santuario pasa de los cuidados del clero secular al clero regular; cambio que sigue hasta el día de hoy.

Al año siguiente llega desde la Sagrada Congregación la concesión para la fundación, y la comunidad se enriquece con miembros provenientes de Montserrat y de Valvanera, monasterio riojano cuyas relaciones con el Pueyo han seguido un camino providencial hasta la actualidad...

Después del primer prior, **P. Rosendo Casanovas**, hombre de eximia santidad, incansable predicador y director de conciencias, se subsiguieron a la cabeza de la comunidad podiense otros cinco superiores hasta llegar al priorato del padre Mauro Palazuelos Maruri, prior de la comunidad mártir, que desde Valvanera, llega al Pueyo con solo 30 años de edad en 1934.

A diferencia de sus antecesores, que sin descuidar la vida sobrenatural, cuidaron mucho el desarrollo del cenobio benedictino para que tenga lo necesario para la vida de la comunidad (pensamos en los terraplenos que rodean hoy el monasterio, la carretera que une la pequeña ermita de san José, situada al pié del monte hasta el santuario, la escalera de entrada al templo, la grande hospedería), al llegar el padre Mauro se encontró con una comunidad de monjes mayores de él en edad, y muy pobre económicamente.

Decidió pues, llevar adelante una labor más espiritual y religiosa que material o humana, poniendo los fundamentos necesarios en sus súbditos para una fidelidad hasta el extremo, convirtiéndose en guía y sostén de la comunidad mártir. Fue el elegido por Dios y por la Virgen Santísima para esta función, y la desempeño con hombría y santidad; porque el martirio no se improvisa, sino que se construye sobre la fidelidad diaria, por medio de la práctica de las virtudes, tanto comunes a todo cristiano, como las propias de la vida religiosa y monástica que vivieron nuestros mártires.

De ellos se ha dicho que *“todos estaban unidos como una verdadera familia... a pesar de las distintas edades y proveniencia (alguno incluso era de otro monasterio)”*.

“Vivian la observancia regular y trabajaban mucho con sus manos todos los que podían hacerlo – fieles al mandato de la regla benedictina² – y los demás trabajaban, también mucho, intelectualmente”.

Y antes de detenerme en los protagonistas de esta ponencia, quiero traer a colación un testimonio³ acerca de la otra parte del lema benedictino⁴, vivido en plenitud por estos mártires: el de la oración.

“El celo por el Oficio divino, por el culto, siempre fue perfecto, con asistencia de todos los miembros al mismo... la solemnidad fue siempre excelentes en todos los actos, tanto

² “Los monjes son verdaderamente monjes cuando viven del trabajo de sus manos, como nuestros Padres y los Apóstoles” *Santa Regla*, Capitulo 48,8

³ El testimonio es de don Rafael Lacambra, miembro de la comunidad en el 1936, pero no mártir, que recibió protección en su pueblo Peralta de Alcofea.

⁴ “*Ora et Labora*”

en las Misas conventuales como en las Vísperas, que siempre se les daba el mayor esplendor posible, sobre todo en los días festivos”.

La asiduidad al coro, y la alabanza divina nunca se dejó hasta que los revolucionarios arrancaran de ella a los monjes...

Todo el ambiente de vida monástica, viva y vívida en el Pueyo, fue la base formidable para el espíritu martirial que se desprende de cada uno de los monjes.

Padre Mauro Palazuelos Maruri (Prior)
Padre Honorato Suárez Riu (Subprior)
Padre Mariano Sierra Almázor
Padre Leandro Cuesta Andrés
Padre Santiago Pardo López
Padre Raimundo Lladós Salud
Padre Fernando Salinas Romeo
Padre Domingo Caballé Bru
Padre Ildefonso Fernández Muñiz
Padre Anselmo Palau Sin
Padre Ramiro Sanz de Galdeano

Junior d. Rosendo Donamaría Valencia (Díacono)
Junior d. Lorenzo Ibáñez Caballero (Subdíacono)
Junior d. Aurelio Boix Cosials (Tonsurado)

Hermano d. Lorenzo Santolaria Ester
Hermano d. Lorenzo Sobrevía Cañardo
Hermano d. Ángel Fuertes Boira
Hermano d. Vicente Burrel Enjuanes

Digno de varias conferencias sería marcar el perfil de cada uno de ellos, me limitaré aquí a trazar unos pocos rasgos, deteniéndome un poco más en la figura del prior, el padre Mauro, y del junior, dom. Aurelio Boix Cosials, dejando estos dos para el final.

Padre Honorato Suárez Riu (Subprior)

El subprior del monasterio, a la vez era prefecto de la sección de juniors. Nacido en el año 1902 en Torres del Obispo, pueblo de la diócesis de Barbastro, y marchó al Pueyo cuando contaba con once años de edad, junto con un paisano suyo y compañero de infancia, Mariano Palau Sin.

El p. Honorato era un hombre de ricas cualidades humanas y espirituales, brillando además por la elocuencia sagrada y el don de consejo⁵. El p. Román Ríos le califica como «*alma selecta, amable y alegre; muy popular entre la comunidad*».

⁵ Desde muy joven se le confiaron muy diversos cargos que desempeñó con éxito: profesor de Latín, Oratoria Sagrada, Filosofía, Teología y Moral. También estuvo durante unos cuatro años como rector del Colegio u Oblatorio monástico, en el que, en su tiempo, llegaron a estar entre 40 y 50 aspirantes a monjes (de entre 11 y 15 años) para las misiones de Australia y Filipinas y para el mismo Pueyo. Se desempeñó allí como un delicado padre de tan numerosa y distinta familia.

Se cuenta, además, que poseía gran don para la música, dotado de muy buen oído y voz. Con el p. Anselmo Palau Sin, originario del mismo pueblo y de su misma edad, y finalmente unidos también por la

La gente lo conocía como gran predicador, de palabra fácil y gesto elegante. Muy probablemente el último sermón lo predicó en Benabarre el día de la Virgen del Carmen, 16 de julio de 1936.

En aquella misma ocasión se llegó por última vez a su pueblo, vecino de Benabarre. Allí le dijo su madre, preocupada por su vida: «*Marcha, hijo mío, al extranjero, y así quizás no te matarán*», a lo que respondió imbuido ya del ideal del martirio: «*No, mamá*», y señalando el cielo con la mano, añadió: «*¿Le parece poco hermoso morir por Dios y subir al cielo?*».

Valioso también es el testimonio de d. José Larrosa, por entonces médico de Albelda (Huesca), que el p. Honorato, algún tiempo antes de la detención de la comunidad, pasó a despedir diciéndole: «*Vengo a despedirme de ustedes porque nos matarán a todos los religiosos*». Ante estas palabras, d. José, le ofreció la casa como refugio, pero el joven monje respondió: «*Yo permaneceré en el Monasterio*».

Este ideal martirial se mantuvo constante en él, y no dejaba de influir en los demás. El 20 de julio del 36 dijo a los juniore: «*Esta tarde vienen por nosotros*». Quienes iban a venir eran los del Comité revolucionario de Barbastro. A aquellos jóvenes, algunos de los cuales, en una primera y fogosa reacción, pidieron armas para defenderse, el p. Honorato, guiado por su ideal, les explicó que en el Pueyo no había armas y les remarcó: «*Aquí vinimos para hacer a Dios entrega de nuestras vidas; da lo mismo sea una u otra la forma en que hayamos de hacerla*», y también: «*la vida monástica es un martirio continuo. Si nos cogen y martirizan, no cambia mucho si no es en mayor gloria y seguro premio*».

Padre Mariano Sierra Almázor

En julio de 1936, era el monje más anciano de la comunidad con 67 años; y el de mayor antigüedad en cuanto a la Profesión monástica y a la ordenación sacerdotal.

Ingresó de niño en el Monasterio de Sta. María de Treviño, fundado hacía poco, no lejos de su pueblo, por una pequeña colonia de monjes de Montserrat, de la cual provenía el grupo fundacional del Pueyo en 1889...

Un 1936 con motivo de la fiesta del Carmen, fue enviado el 15 de julio al pueblo de Salas Altas, para presidir la celebración en el convento de las monjas carmelitas. Aprovechando la ocasión, entró en casa de unos amigos en Barbastro, donde se habló de la situación tan congestionada que políticamente se respiraba. El p. Mariano se despidió con estas palabras: «*Si no nos vemos más, hasta el cielo*». (La conciencia del martirio).

El día 21 del mismo mes, yendo por la carretera vestido de hábito, fue alcanzado por un camión de milicianos, que se dirigía en dirección a Huesca. Detenido el vehículo, lo hicieron subir en él, conduciéndolo seguidamente a la cárcel municipal de Barbastro. La detención fue presenciada por casi toda la Comunidad, desde el mismo Monasterio.

Incorporado a la comunidad en a la prisión habilitada en el Colegio de los pp. escolapios, un día de primeros de agosto, hacia la media noche, se abrió de golpe la puerta del lugar donde se encontraban los monjes, perturbando la precaria paz y el silencio que acompañaban su descanso, mientras un fuerte grito, que despertó a más de uno, se dejó oír con fuerza: «*¿Dónde está Mariano Sierra?*». Y así se lo llevaron sin que el resto de los monjes volvieran a verlo más.

misma vocación y destino, se emulaban mutuamente. El p. Anselmo era director del coro. El p. Honorato se lucía algunas veces como solista.

Consta que el p. Mariano fue ejecutado el 9 de agosto, al amanecer, juntamente con el Sr. Obispo, beato Florentino Asensio Barroso, y enterrado en el cementerio (aunque su cadáver no llegó a identificarse), acabando así su glorioso combate en esta tierra.

Padre Raimundo Lladós Salud

Llega al Pueyo como respuesta al pedido del p. Román Ríos, que solicitaba al abad de Montserrat un monje de probada virtud para hacerse cargo de los postulantes podienses, y así lo vemos sumarse a la comunidad con la que compartirá la gloria del martirio y asumir la función por la que siempre será recordado: «para nosotros, hasta la última hora, fue un verdadero padre», dicen las reminiscencias de uno de los colegiales que compartió con él la prisión.

Preso en el Colegio de los escolapios veló sin descanso sobre los colegiales que seguían bajo su cargo. «*Jamás lo vimos amilanado ante la muerte segura que le esperaba; antes al contrario, sus continuos deseos eran del martirio. Su única preocupación era la suerte que correríamos nosotros, después de fusilados los monjes. Esto se lo oí decir repetidas veces. Un día nos llegaron rumores que nos daban alguna esperanza de liberación; entonces lo oí decir: ¡Qué lástima perder esta ocasión de ser mártir!*». Así lo recuerda Miguel Gil (el p. Plácido), que en esos días era un adolescente de quince años.

Los mismos sentimientos y deseos estaban presentes en el alma de todos los monjes, y una sola ponencia no alcanza para darles el honor que merecen, ni a nosotros para conocerlos en profundidad, así que si me permiten, llegamos a los dos últimos testimonios: el del padre Mauro y del junior Aurelio Boix.

Padre Mauro Palazuelos Maruri (Prior)

Abel-Ángel Palazuelos Maruri nació el 26 de octubre de 1903 en Peñacastillo, provincia de Santander, y fue bautizado pocos días después, el 31 del mismo mes. Cuando todavía era muy joven ingresó en el Monasterio de Valvanera, pasando luego al Monasterio de Samos, donde realizó su Noviciado, al término del cual emitió sus votos temporales, el 3 de septiembre de 1920. Posteriormente, el 31 de octubre de 1926, sería ordenado sacerdote como monje de Valvanera.

Ya en 1934, el 9 de marzo, lo encontramos desempeñando el oficio de Prior del Monasterio del Pueyo, cargo en el que lo encontrará el glorioso martirio, a la edad de 32 años.

Quienes conocieron al p. Mauro lo describen así: «de estatura alta, cabeza más bien pequeña, pulsos de las sienas muy entrantes, cuello largo, nuez saliente, nariz de aletas amplias, orejas no muy salientes». Y en cuanto a su carácter se dice que era «de natural muy festivo y optimista; bueno, muy comunicativo, muy gracioso, jovial y alegre, muy humilde y ameno; a su lado todas las conversaciones eran animadísimas». Su trato, especialmente con los jóvenes, era como de verdadero padre, padre joven, pero padre y compasivo.

Como Superior de la comunidad podiense dio muestras de un espíritu excelente. Él mismo escribía entonces a un discípulo suyo: «*una vez en el puesto, mi deber, mi único deber es orare, laborare, et nunquam deficere. Ruegue por mí para que siempre y en todo no busque yo más que la gloria y la voluntad de Dios*».

Era un alma dada enteramente a Dios por la oración. Se comentaba entre sus monjes que pasaba muchas noches en vela ante el Santísimo. En efecto, el monje campanero le sorprendió muchas veces en el coro al toque de maitines y antes de entrar

en él la comunidad. La Santa Misa la celebraba con tal unción, que uno de los que le sirvieron de monaguillo dice que le atraía y gozaba ayudándole en el Santo Sacrificio.

Fueron apreciadas en él la humildad, la sencillez, la simpatía y el fervor religioso. Fue estimado y querido de todos sus monjes y reputado por ellos como un religioso digno y perfecto. Cada vez era mayor el contento de sus súbditos sobre su dirección y prudente administración; y sobre todo, por el alma y fervor que ponía en la dirección espiritual de la Comunidad.

D. Rafael Lacambra, súbdito suyo en el Pueyo hasta dos o tres días antes de su prisión, lo califica de «*ejemplar dechado de virtud*». Lo reafirma también d. Aurelio Boix en una carta escrita a su hermano: «*la Providencia nos deparó un padre amoroso en nuestro nuevo p. Prior: estamos todos edificados de su mucha virtud*».

A su llegada al Monasterio del Pueyo, éste atravesaba una gran crisis económica, que el nuevo Prior tuvo que enfrentar. También aquí fue ejemplo para la comunidad con su pobreza de espíritu. Para todos quedó bien claro que el Pueyo era pobre y que el nuevo Prior tenía un riguroso sentido del voto de pobreza.

Poco más de dos años duró el ejercicio de su paternidad sobre la comunidad del Pueyo. En una de sus últimas conferencias, que en 1936 dirigió a la Comunidad, leyó y después glosó varios pasajes del Libro Primero de los Macabeos en el que se describe la desolación del Pueblo de Dios. Con toda probabilidad lo hacía para armar espiritualmente a sus monjes con el escudo de la fe ante las desgracias que entonces sufría la Iglesia en España.

El 19 de julio el p. Mauro envía un monje a Barbastro para que inspeccionara la situación política. Al día siguiente recibe del padre de uno de los juniorenses noticias trágicamente alarmantes. Convoca, entonces, nuevamente a capítulo para tomar oportunas medidas de seguridad. El 22, a eso de la media tarde, suben a por ellos dos motoristas de los «rojos» y, amenazando destruir el Santuario si oponían resistencia, los obligan a desalojar el Monasterio. Fueron interrogados por los milicianos sobre las armas que supuestamente escondían, a lo cual el p. Prior salió en defensa de la comunidad, ofreciendo su cabeza si es que hallaban alguna de las supuestas armas.

De los días de la prisión nos limitamos aquí a decir que fue el p. Mauro «guía y sostén de la comunidad mártir». Así lo atestigua d. Manuel Laplana, quien fuera compañero de prisión por varios días: «*jamás se lo veía a él triste ni preocupado por el martirio, más bien una alegría grande por dar la vida por la fe, que no podía disimular*». Él mismo recuerda esta frase repetida varias veces por nuestro mártir: «*¡Qué felicidad y qué dicha más grande la nuestra el poder dar la sangre por Cristo!; de aquí al Cielo; ¡alegrémonos!*».

Su amor filial por la Madre del Cielo, lo llevó, instantes antes de su paso a la Gloria, a entregarle el último adiós con el canto entusiasta de la «Salve Regina» a las puertas del cementerio de Barbastro mirando a su Madre en lo alto del Pueyo, entregando así su vida por Cristo, siendo acribillado a balazos por el furioso miliciano que se había querido encargar personalmente de él.

Hombre que no podía disimular la felicidad de dar su vida por Cristo y la fe...

Junior d. Aurelio Boix Cosials (Tonsurado)

Con solo 10 años, se sumó al grupo de colegiales del Pueyo, entre los que se encontraban dos de sus futuros compañeros de martirio, Rosendo Donamaría y Lorenzo Ibáñez.

Mente brillante para el estudio lo veía como «*un medio poderosísimo para llegar más cerca de nuestro Creador*».

En el Noviciado vistió el hábito negro de los benedictinos –que no abandonará jamás– y eligió su nombre de religioso. Fue cofundador, junto con otros cinco compañeros, del primer Noviciado canónico del Pueyo.

Emitió sus primeros votos temporales de castidad, pobreza y obediencia en la festividad de Santa Teresa de Ávila, con sólo 16 años.

Considerando sus capacidades intelectuales, el p. Ríos decidió enviarlo a Roma a continuar sus estudios en San Anselmo, la universidad benedictina.

De sus años de estudiante ha llegado a nosotros una traducción que hizo del latín de *La vida monástica. Sus principios esenciales* del Abad Mauro Wolter, obra póstuma publicada por la editorial Studium, de Madrid, en 1957.

Si se pudiese de algún modo radiografiar un alma tan grande como la de Aurelio, escuchar cómo palpitaba su pecho a horas de su muerte o ver el amor que hinchaba sus venas ante la ilusión de entregarse plenamente al Amor, seguramente no podríamos hacerlo mejor que como él mismo lo hizo en las cartas que dirigió a sus seres más queridos, especialmente a sus padres y hermanos:

«A mis queridos padres y hermano desde el convento de padres escolapios de Barbastro, a 9 de agosto de 1936.

Padre, madre y hermano de mi corazón: Si esta mi carta llega a sus manos, el portador de la misma les contará de todo el proceso; yo me limito a unas líneas. Hace 18 días que estamos casi todos del Pueyo detenidos en esta prisión. A pesar de las garantías que se nos dan, como medida de prevención, quiero dedicar unas palabras a los seres que me son más caros. En noches anteriores se han fusilado unas 60 personas; entre ellas muchos curas, algunos religiosos, tres canónigos, y esta noche pasada al Sr. Obispo.

*Conservo hasta el presente toda la serenidad de mi carácter; más aún, miro con simpatía el trance que se me acerca: considero una gracia especialísima dar mi vida en holocausto por una causa tan sagrada, por el único delito de ser religioso. Si Dios tiene a bien considerarme digno de tan gran merced alégrense también ustedes, mis amadísimos padres y hermano, que a ustedes les cabe la gloria de tener un hijo y hermano **mártir de su fe.***

La única pena que tengo, humanamente hablando, es la de no poder darles mi último beso. No les olvido y me atormenta el pensar las inquietudes que ustedes sufren por mí.

Ánimo, mis amadísimos padres y hermano, al lado de su aflicción surgirá siempre la gloria de las causas que motivaron mi muerte. Rueguen por mí, voy a mejor vida.

*Padre mío muy amado: la entereza de su carácter me da la completa seguridad que su **espíritu de fe** le hará comprender la gracia que el Señor le otorga. Esto me anima muchísimo: le doy el beso más fuerte que le he dado en mi vida. Adiós, padre, hasta el cielo. Amén.*

*Madre idolatrada: **Yo me alegro sólo al pensar la dignidad a que Dios quiere elevarla, haciéndola madre de un mártir.** Esta es la mejor garantía de que los dos hemos de ser eternamente felices. Al recuerdo de mi muerte acompañará siempre esta gran idea: **“un hijo muerto, pero mártir de la religión”.** Que Dios no pueda imputarme más crimen que el que los hombres me imputan, ¡ser discípulo de Cristo! Madre mía muy querida, adiós, adiós... hasta la eternidad. ¡Qué feliz soy!*

*Hermano mío muy caro: **En poco tiempo ¡qué dos gracias tan señaladas me concede mi buen Dios! ¡La Profesión, holocausto absoluto... el martirio, unión***

decisiva a mi Amor! ¿No soy un ser privilegiado? Esto es lo más íntimo que tengo que comunicarte.

[...] El último beso, mi hermano, el más efusivo.

Mi despedida postrera a la familia, son unas palabras de felicitación tanto para mí como para ustedes.

Que Dios proteja siempre la familia que ahora agracia con un favor tan señalado.

Su hijo que les ama con amor eterno.

Aurelio Ángel».

Joaquín, hermano de dom. Aurelio, temiendo que aumentara el dolor en el corazón de sus padres, esperó el fin de la contienda para mostrárselas. Al terminar de leerla, Generosa Boix, la madre del mártir exclamó: «***Tenía que ser así; Ángel ya no era de este mundo***».

Con estas palabras, palabras de una mujer que sufre como madre pero con un dolor sereno fortificado por su fe, llegamos a la conclusión, volviendo a la misma idea que fue el comienzo de esta ponencia: el mártir es el que defiende su fe, que la hace vida y que por eso, apartado del espíritu del mundo y fiel al Espíritu Santo es LIBRE de llevar a cabo la gran obra de la santidad a la cual todos nosotros estamos llamados, y que por los héroes de la fe que estamos conmemorando en estos días, tiene el traje de la donación absoluta.

“*Dichosos vosotros cuando os persigan*” (Mt 5,11) y “*nuestros mártires – decía mons. Alfonso Millán, obispo emérito de Barbastro-Monzón en la ceremonia de entronización de las reliquias de los monjes podienses – nuestros mártires, los 18 benedictinos del Pueyo, gozan ya de la dicha plena; los mártires cuando van al martirio se sienten dichosos, aunque quizás no comprendamos (si el espíritu que nos anima no es el de Cristo). En aquel momento, mientras estaban viviendo se preparaban todos para el martirio: los seminaristas claretianos, los benedictinos, todos los sacerdotes, todos los religiosos y religiosas, y muchos laicos se preparaban para el martirio. Cuando hay una profunda fe, uno se siente dichoso de ser mártir...*” Hoy en día la Iglesia sigue gloriándose por el testimonio de muchos hermanos nuestros, como los que estamos conmemorando en estos días tan especiales, muertos por el solo hecho de testimoniar la fe cristiana (este es el punto clave, la motivación última que llevó hasta el heroísmo de la entrega perfecta los modelos que recordamos aquí, por vez primera, en la capital de España).

El mártir devuelve su vida a Dios en testimonio de la fe en Cristo, y en acción de gracias porque Él dio sentido a nuestra vida y a nuestra muerte, con su muerte, y además, con una muerte de Cruz.

No deberíamos volvernos rojos en rostro si se nos preguntara si somos capaces de arriesgarnos como han hecho ellos por amor a Cristo; todo y cada uno de los mártires de España y de la Iglesia entera nos impulsan a la práctica viva y vívida de nuestra fe dejando a lado la tentación de un cristianismo cómodo, de práctica religiosa que nos transforma nada...

+
M

El testimonio de los mártires es perenne porque es la perfecta imitación del Mártir con mayúscula que es Jesucristo, modelo de toda vida cristiana, Jesucristo: el Maestro que desde la Cruz nos manifiesta el amor perfecto y grande debe ser el agradecimiento que de nuestra parte podamos elevar hacia estos Mártires-Testigos, por la fuerza que procede de su ofrenda ante Dios en favor nuestro y en favor de España...